

## Primero de Mayo de 1936

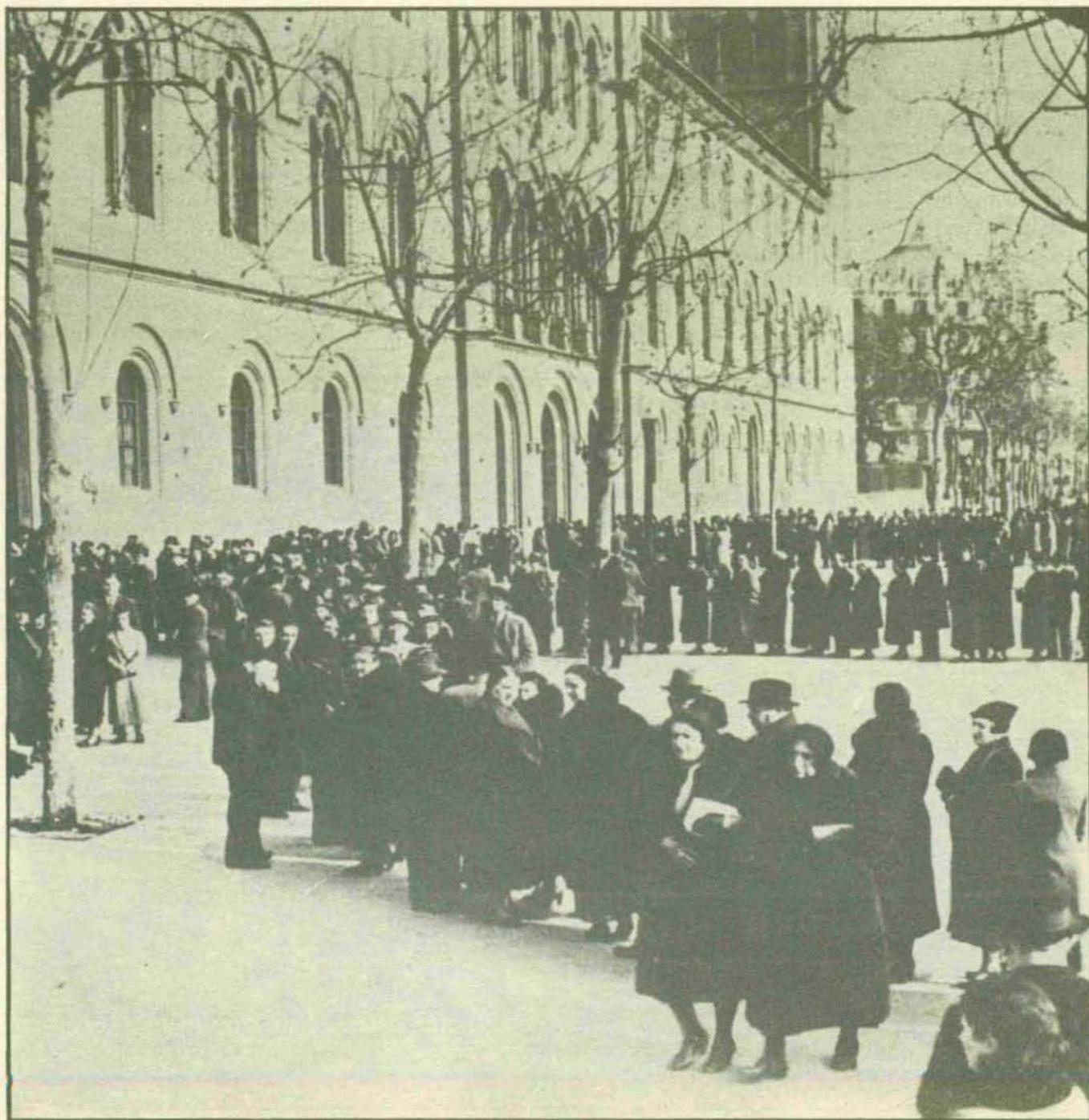
Estos niños forman parte de la manifestación del Primero de Mayo. Son los pioneros. Llevan banderas con emblemas comunistas o socialistas. ¿Serán éstos quienes den el tono a la vida de la España de mil novecientos sesenta?

Las ideologías  
del 18 de Julio:

Antonio  
Elorza

# LA IZQUIERDA

**R**ESULTA incómodo escribir de la primavera del 36 desde la azarosa atalaya de esta primavera de 1981. No sólo en las publicaciones periódicas, sino en el inconsciente de muchos españoles, se halla presente la idea de que estamos recorriendo de nuevo un ciclo histórico, en que el malestar del Ejército, la fascistización progresiva de los grupos sociales conservadores, pueden desembocar en un remake del 18 de julio, con la sola variante de que ahora no habría una respuesta popular.



Votantes ante la Universidad de Barcelona, durante las elecciones de febrero de 1936 que dieron el triunfo al Frente Popular.

**E**STA circunstancia influye en una tendencia a recrear aquellos acontecimientos borrando aristas y complejidades, según el patrón que marcan las preocupaciones actuales. Creo necesario decir esto antes de entrar en tema, porque semejante aplicación de la vieja máxima «historia, magistra vitae», puede hoy en día constituir una tentación fácil, que nos llevaría por los terrenos del anacronismo y de la esquematización inútil. Semejante transposición podría tener dos variantes, igualmente nocivas. La primera, desde la izquierda, lleva a elucubrar sobre qué hubiera debido hacerse para evitar la guerra. Un ejercicio masoquista de cálculo retrospectivo de probabilidades, que permitiría saltar por encima de la complejidad de los problemas de

aquella España y de aquella izquierda de 1936, aplicando fórmulas de «consenso» más o menos verosímiles. La variante opuesta consistiría en relatar una vez más la vieja fábula derechista —ya utilizada por Gil Robles en su justificación *ex ante* de la rebelión—, según la cual tantos asesinatos, incendios, atentados, etc., arrojarían un balance de desorden y anarquía que hizo necesaria la intervención del brazo militar. Un sistema explicativo que conocemos de sobra quienes tuvimos ocasión de cursar estudios en la España de los 50 y 60, y que corría ya entonces vías paralelas con la desautorización de toda la experiencia liberal mediante el simple recuento del número de gobiernos y Constituciones que salpican nuestra historia decimonónica, o con el lavado de cerebro an-

tidemocrático que, incansablemente, efectuaban los redactores de Radio Nacional de España en sus «partes» reflejando el supuesto caos de las Repúblicas italiana y francesa al dar cuenta de la sucesión de crisis gubernamentales. No es ocioso recordar estas cosas, porque la evocación del «caos» del 36 puede servir todavía hoy a algunos de argumento para propugnar soluciones autoritarias en una España donde la extrema derecha intenta repetir la suerte destabilizadora que tan bien le salió en 1936. La transposición 36-81 de este «retablo del desorden» carece, pues, del más mínimo valor historiográfico, cualesquiera que sean el grado y la jerga académica de sus defensores. En el mejor de los casos, tal intento puede verse como un rasgo de incompetencia, favorecedor abierto de esa



Un mitin del Frente Popular, en primera fila se distingue, entre otros, a Francisco Largo Caballero (el cuarto, de izquierda a derecha), Diego Martínez Barrio (el sexto), Alvaro de Albornoz (el séptimo) y el alcalde de Madrid, Pedro Rico.

barbarie que pasaría a reinar en nuestra España de consumarse la conspiración vigente contra la democracia.

La historia no se repite. Lo que sí puede darse es la supervivencia, a través de cambios económicos y políticos, de problemas, características estructurales de una sociedad, mentalidades. Por eso nuestro relato, abiertamente rechaza el anacronismo de las historias paralelas, renunciando a la reconstrucción de los orígenes de la tragedia. Intentaremos simplemente contar qué hizo y con qué obstáculos tropezó la izquierda obrera en los meses que discurren entre las elecciones de febrero y la sublevación militar de julio de 1936.

### **EL FRENTE POPULAR: LA HIPOTECA DEL PASADO**

Un dato esencial para entender lo que ocurre en los meses de gobierno del Frente Popular viene dado por el peso decisivo que sobre su orientación van a tener los antecedentes históricos. En realidad, por su génesis y desarrollo, y a pesar de responder a problemas generales comparables, los Frentes Populares de España y Francia cuentan con escasos puntos de contacto. Al francés corresponde como fórmula política un gobierno de coalición, presidido por un socialista, con profundas reformas sociales que serán evocados más tarde como «le grand tournant» de la vida cotidiana de los trabajadores galos, y con una movilización obrera que se materializa en una oleada de huelgas de finalidad muy concreta: reajuste de los salarios, vacaciones pagadas, semana de cuarenta horas y



Francisco Largo Caballero, durante un mitin en Andalucía, previo a las elecciones de febrero de 1936.

estabilidad en el empleo. Tendrá también unos orígenes más profundos, en la reacción a las jornadas de febrero de 1934, con el factor aglutinante que constituyen las manifestaciones de calle unitarias, las huelgas contra las ligas parafascistas. La propuesta comunista de Frente Popular, en octubre de 1934, corona este movimiento de fondo.

En España, la secuencia había sido mucho más desgarrada. La convergencia de republicanos y organizaciones obreras es forzada por una circunstancia concreta: la derrota de la insurrección

de Octubre de 1934. Para los primeros, la coalición es vista como un regreso al primer bienio republicano, inevitable ante la enseñanza de la derrota electoral de noviembre de 1933. Se trata, dirá Azaña en uno de sus «discursos en campo abierto», de «restablecer toda la obra legislativa de la República y hacer funcionar todas las instituciones creadas por el gobierno republicano, desdichadamente pisoteadas por la reacción imperante». Para los obreros, la unidad no era menos necesaria, pero se asentaba en la búsqueda de dos objetivos muy distantes entre sí. Por un la-



Mitin unitario de juventudes socialistas y comunistas.

do, el regusto negativo de la coalición de 1931-33 aconsejaba no recomponer una alianza que no diera lugar a transformaciones sustanciales en el campo socioeconómico. Por otro, los miles de obreros encarcelados imponían la exigencia de pactar a cualquier precio, con tal de conseguir la amnistía que permitiera la recuperación de su libertad. Desde este segundo ángulo, la posición obrera en la gestación del pacto será en España de decisiva inferioridad.

Así, en la negociación iniciada en noviembre de 1935, los partidos republicanos impondrán su ley. Ni siquiera permiten que estén presentes en los tratos otras representaciones que los socialistas: el PCE los sigue desde fuera, sin la menor posibilidad de incidir en su curso. Y el programa que se firma en enero de 1936 es el programa republicano, con un sorprendente rechazo explícito de las peticiones

obreras más acuciantes: subsidio de paro, el control obrero, medidas de nacionalización de la Banca y la tierra. Los republicanos de izquierda alcanzan más diputados que los que corresponden a su fuerza electoral y gobiernan en solitario. El programa, podrá decir Largo Caballero, «tiene la menor cantidad posible de nuestro programa como clase trabajadora, es un programa de pequeña burguesía». A la vista de la intensa movilización popular que suscitan la campaña y la victoria electoral, podía medirse el foso entre el nivel político del Frente y su soporte social.

---

#### ANTE LA ESCISION SOCIALISTA

---

La fragilidad de la presencia obrera en el Frente Popular se ve reforzada por la crisis interna del movimiento so-

cialista. En buena medida, el PSOE ha perdido la batalla de Octubre, cuya iniciativa asumió en solitario. El hecho de que no se celebrara un Congreso del partido antes del 18 de julio de 1936 nos impide conocer la amplitud y los rasgos concretos del malestar que el fracaso suscita en las filas socialistas. La persecución de 1935 no era propicia para sacar a la luz cuestiones de fondo. Lo cierto es que en el alineamiento de las fuerzas socialistas con anterioridad al 16 de febrero cuenta, por un lado, el prestigio de Largo Caballero como símbolo de la clase obrera que busca su revancha; pero también la disconformidad con el modo en que se gestó la huelga insurreccional. A lo largo de 1935 se habían agudizado las polémicas internas, entre caballeristas de un lado, partidarios de insistir en la movilización obrera prorroevolucionaria, y «centristas» y besteiristas de otro, con el

propósito de restaurar la alianza democrática con los republicanos de izquierda. En diciembre de 1935, y por un problema de interpretación estricta de las normas estatutarias, Caballero dimite como presidente del PSOE, dejando al partido bajo control centrista. La movilización de base se encuentra de parte suya, pero el hecho es que sólo le queda de momento el control de la UGT. Los intentos de tomar por asalto la Ejecutiva «centrista» en los primeros meses de 1936, fracasarán, culminando en los primeros días de julio con la elección del asturiano Ramón González Peña (no sin descalificar previamente los votos de quienes votaban una candidatura íntegra, siguiendo la consigna del órgano caballerista **Claridad**). Había previsto un Congreso del PSOE, inicialmente para julio, a celebrar en Asturias, que acaba aplazándose hasta octubre. Lo cierto es que, en una coyuntura crucial, en el interior del socialismo se afrontaban dos opciones incompatibles, cuyo único punto de contacto era la coincidencia en el voto a las candidaturas del Frente Popular.

Por el momento, Indalecio Prieto domina la organización del partido. Su lucidez al señalar en el famoso discurso de Cuenca los peligros de un caudillaje militar del general Franco, así como al clamar en julio por la inminencia del alzamiento, pueden favorecer la idea de que, al producirse el paso de Azaña a la presidencia de la República, Prieto como primer ministro hubiera detenido la conspiración militar. Pero lo cierto es que las **posiciones de Prieto en la primavera del 36**, más allá de una reveladora conciencia de los

peligros que acechaban al régimen, no ofrecen nada concreto que fuerce a la izquierda socialista a revisar sus posiciones. Igual que los republicanos, Prieto concibe el Frente Popular como una alianza gubernamental y parlamentaria, que no debe prolongarse hacia la base (en este sentido entrará desde **El Liberal** en polémica abierta con Juan Astigarrabía, el secretario del PC de Euskadi).

Posiblemente hubiera sido el mejor jefe de gobierno en mayo de 1936, pero desde luego en las semanas que precedieron a la designación de Casares Quiroga no hubo

por su parte el menor planteamiento global que hubiera permitido ajustar el programa del Frente Popular a las expectativas obreras totalmente desconocidas por Izquierda Republicana. La «conquista de España», de que Prieto habla en el discurso de Cuenca, carece de implicaciones estratégicas. Era más bien un grito de desesperación: «... si el desmán y el desorden se convierten en sistema perenne, por ahí no se va al socialismo, por ahí no se va tampoco a la consolidación de una República democrática, que yo creo nos interesa conservar.



Indalecio Prieto.

Ni se va a la consolidación de la democracia, ni se va al socialismo, ni se va al comunismo; se va a una anarquía desesperada, que ni siquiera está dentro del ideal libertario; se va a un desorden económico que puede acabar con el país». Prieto nunca toma por blanco a la gestión republicana. Sólo el 18 de julio, conocedor del golpe militar en Africa, hace que **El Liberal** de Bilbao publique sus observaciones críticas al programa de Frente Popular de los republicanos, que acabaría imponiéndose. Es ante todo un pliego de descargo.

Por parte caballerista, el izquierdismo de 1933-36, con la propensión a saltar por encima de la fase democrática de la revolución, se ve limitado por las exigencias del momento. Una cosa era decir que se esperaba al fracaso del gobierno pequeño-

burgués y otra bien distinta contemplar con tranquilidad el ascenso de la agitación derechista. No habrá por parte de la izquierda socialista, privada del control del PSOE, la necesaria revisión de su estrategia política general. La atención se centra en el tema de la unificación del proletariado, con los comunistas en primer término, y complementariamente con el anarcosindicalismo. Subsiste la lealtad explícita al Frente Popular; pero al mismo tiempo se afirma la voluntad revolucionaria del proletariado. ¿Cuándo? ¿Cómo? La única propuesta concreta, respaldada por la UGT y las Juventudes, consiste en la formación de un órgano de control de la ejecución del programa frentepopulista que permitiera integrar en la acción gubernamental a las fuerzas obreras. El proyecto será re-

chazado por los republicanos y por Prieto. El caballerismo quedaba así reducido a un impulso de movilización obrera privado de perspectivas políticas.

---

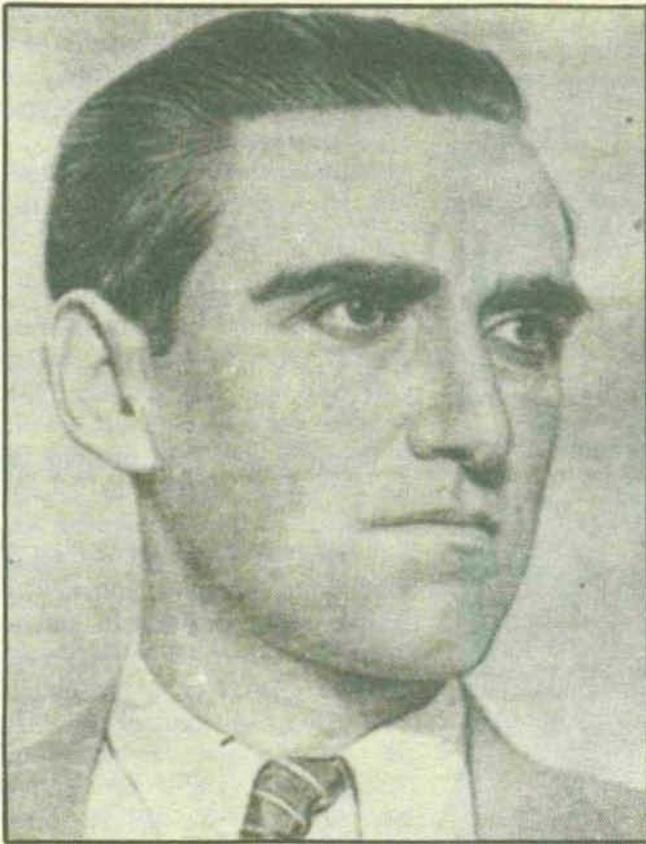
### EL AUGE COMUNISTA

---

La primavera de 1936 registra un fulgurante ascenso de las fuerzas comunistas. El PCE obtiene en las elecciones de febrero por vez primera una seria representación parlamentaria, con diecisiete diputados. La «entrega de calidad», con el ingreso de los sindicatos comunistas en la UGT acordado a fines de 1935, se vería sobradamente compensada con la ganancia de las Juventudes Socialistas, que entre abril y agosto de 1936 van fundiéndose con las Comunistas en el marco de unas Juventudes Socialistas Uni-



1.º de Mayo de 1936: De izquierda a derecha, Santiago Carrillo, Largo Caballero, Araquistain y Jose Diaz.



Joaquín Maurín.



Andrés Nin.

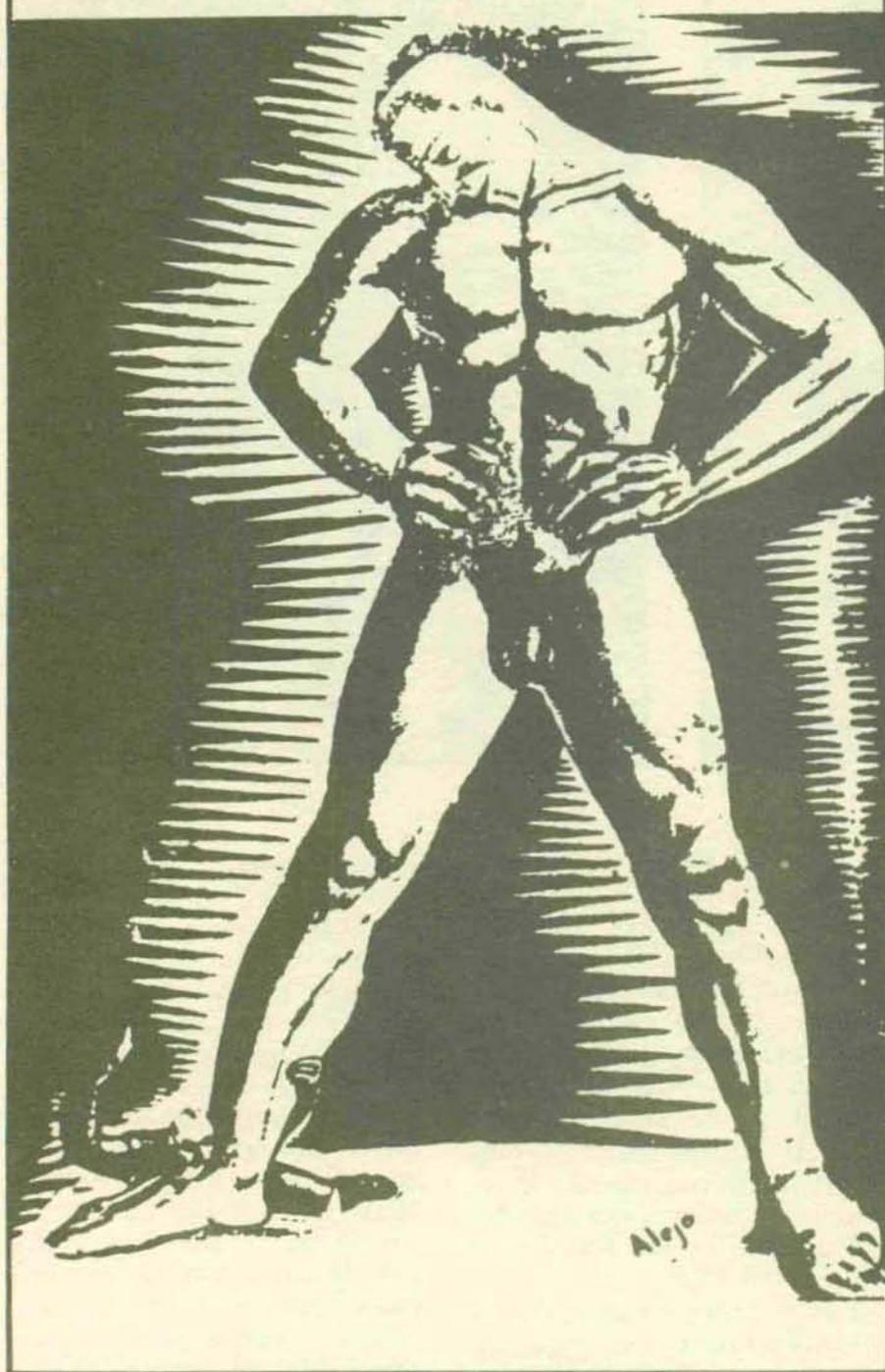
ficadas donde el predominio comunista será pronto visible. El desgarramiento interno del PSOE, el retroceso que para su izquierda significara la dimisión como presidente de Largo Caballero, favorecerían el trasvase de las fuerzas revolucionarias contenidas en el socialismo hacia el Partido Comunista. Además, el VII Congreso de la Internacional Comunista ajusta de una vez las piezas entre los planteamientos generales de la Komintern y la situación política española. El prestigio creciente de la URSS como referente de toda acción revolucionaria marxista y el protagonismo comunista en los sucesos de Octubre y en la subsiguiente labor de asistencia a presos y perseguidos cierran el cuadro de factores que explican el rápido crecimiento de la afiliación al partido. Las cifras oficiales hablan del paso de 30.000 a 102.000 militantes comunistas entre febrero

y julio del 36. El PSOE contaba con algo menos de 60.000 afiliados en vísperas de la sublevación y, aunque los datos del PCE estuvieran inflados, cabe hablar de un inesperado equilibrio en la fuerza numérica de ambos partidos marxistas, mientras la representación parlamentaria recogía aún la relación de fuerzas del pasado: 88 diputados del PSOE por los 17 del PCE.

El PCE tenía en su favor el planteamiento estratégico ajustado a la situación y los cercanos antecedentes de Octubre le libran de toda acusación de reformismo. Los discursos de José Díaz marcan también la pretensión de no romper los puentes con el pasado radical, afirmando que si bien lo actual era «el desarrollo de la revolución democrático-burguesa», la transición de esta fase a la dictadura del proletariado se haría muy en breve, manteniéndose la

vieja consigna del Bloque Obrero y Campesino. Como es lógico, para el PCE el Frente Popular (llamado casi siempre Bloque Popular) no es una simple alianza electoral, sino que requiere el desarrollo de una red de organismos unitarios de base cuyo núcleo serían las Alianzas Obreras y Campesinas. Será el aspecto menos logrado de su política, tanto por la ausencia de proyección hacia los grupos republicanos como por la resistencia del sector prietista a tolerar la formación y, en su caso, el funcionamiento efectivo de las Alianzas. «A la par que organizamos y consolidamos la unidad dentro del campo obrero y la alianza revolucionaria de los obreros con los campesinos —formula el secretario del PCE en junio del 36—, es preciso mantener y reforzar la inteligencia de los trabajadores con los republicanos de izquierda para destruir a

## ANTES DE LAS ELECCIONES



Campana electoral de 1933: La CNT por la abstención.

la reacción y al fascismo». Para ello, propone la difusión de los Bloques Populares, pero el propósito quedará incumplido. La preocupación antifascista se muestra en temas como las huelgas, cuya proliferación desaconseja José Díaz por ver en la alta conflictividad un factor favorable para la

provocación fascista. La creciente llamada a la movilización popular contra el fascismo confirma la preocupación por la evolución de la coyuntura política.

El otro polo de atención comunista lo constituye la convergencia con el socialismo. Una vez acordada la unificación sindical y en

marcha la de las Juventudes, quedaba el Partido. No son sólo cuestiones formales las que aconsejan a comunistas y socialistas de izquierda abrir el debate sobre cuál sería el partido dirigente del proletariado. Hasta 1935 el predominio socialista era claro. Pero desde diciembre de 1935 los seguidores de Caballero ni siquiera contarán con su partido. El PCE insiste una y otra vez en la exigencia revolucionaria de unificación, que, de modo paralelo a la consolidación del control de Prieto sobre el PSOE se orienta explícitamente a la izquierda socialista. La aspiración hegemónica del PCE se vería reforzada también con el proceso de convergencia orgánica que en julio de 1936 da origen al Partit Socialista Unificat de Catalunya, adelantándose en este caso los representantes de la sección catalana del PSOE a todo debate sobre el tema en su dirección nacional. En cambio, en el País Vasco, y a pesar del prometedor desarrollo de las Alianzas Obreras en Vizcaya y Guipúzcoa en los primeros meses de 1935, el joven Partido Comunistas de Euskadi tropezaba con la recuperación del control por parte del «centrismo» socialista.

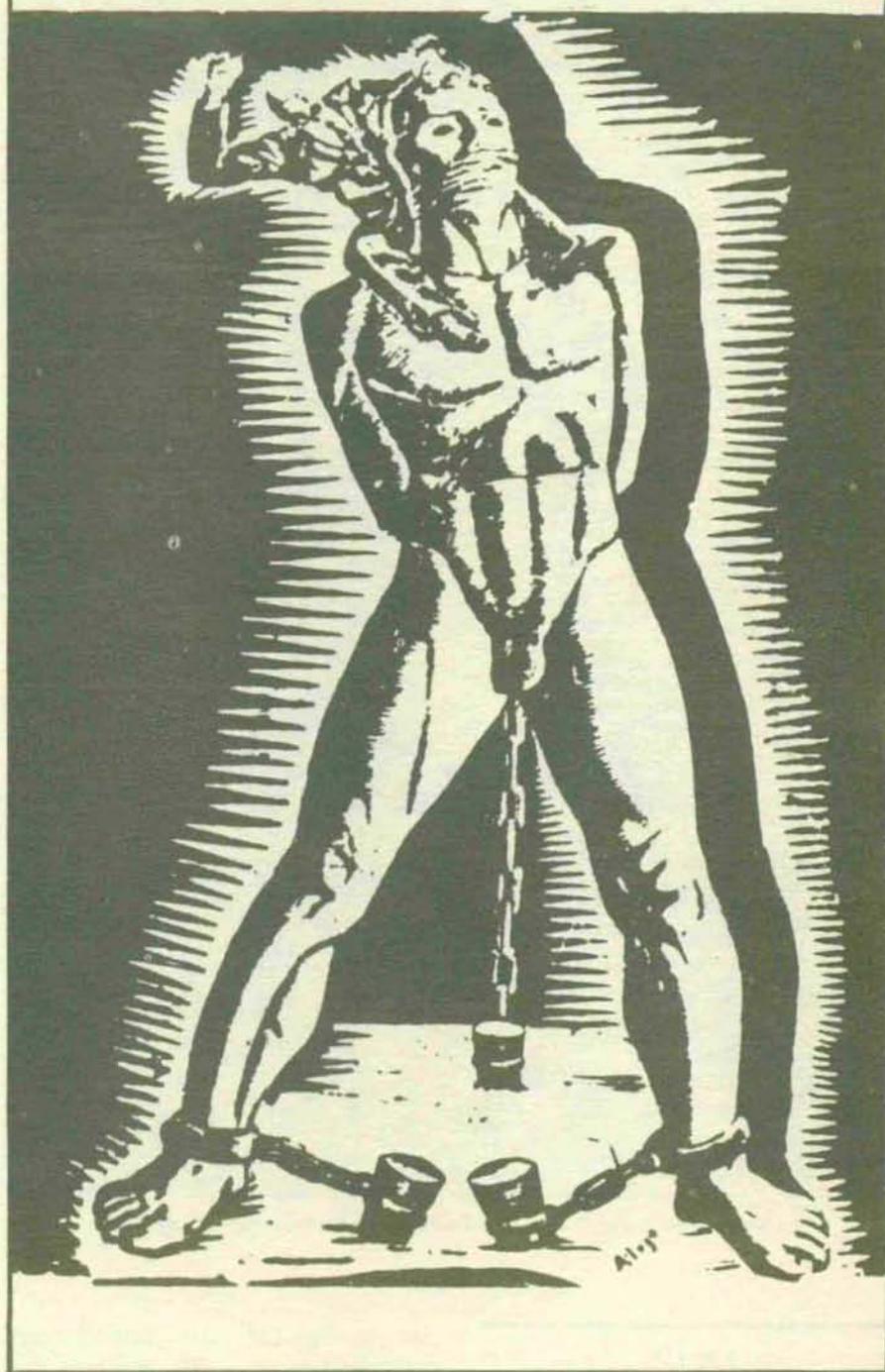
### LA MARGINACION DE LOS HETERODOXOS

Si la reestructuración de la izquierda obrera tras octubre de 1934 favoreció al PCE, dio lugar como contrapartida a un aislamiento creciente de los grupos comunistas no oficiales, que en 1933-34 se constituyeron en vanguardia del proceso de constitución de las Alianzas Obreras. La aproximación entre Juventudes Comunistas y Socialistas, la conver-

gencia de los pequeños partidos marxistas catalanes, deja fuera de juego al Bloque Obrero y Campesino de Maurín y a la Izquierda Comunista de Nin, que tampoco ven avanzar sus propuestas de formación de una Alianza Obrero y Campesino de Maurín y a la Izquierda Comu-POUM, que por añadidura, para no quedar marginado definitivamente, se verá forzado a suscribir un pacto de Frente Popular del todo contrario a sus principios. Andreu Nin creyó a lo largo de toda su vida que el primer deber de un revolucionario consistía en desvanecer «las ilusiones democráticas» que pudieran anidar en el cerebro de los trabajadores. La elección de Joaquín Maurín como diputado poumista no rebajó un ápice la intransigencia de Nin frente a cualquier tipo de compromiso con el régimen democrático: «La conquista de las libertades democráticas —sentenciaba Nin, en febrero de 1936— es siempre un producto accesorio de la lucha del proletariado por la conquista del poder. Con la política de la colaboración permanente con la burguesía, no se defienden las libertades democráticas, sino que éstas son libradas al enemigo. Gracias a la colaboración, la clase obrera olvida sus fines fundamentales, desarma su fuerza combativa y se pone objetivamente al servicio de los intereses de la burguesía». El balance efectuado por Nin tras la victoria electoral de febrero constituía un llamamiento a la independencia total de la clase obrera y a la ruptura de cualquier alianza con los partidos burgueses.

Era un extemporáneo «clase contra clase», que desgraciadamente prolongará el lí-

## DESPUES DE LAS ELECCIONES



Campana electoral de 1933: La CNT por la abstención.

der del POUM cuando estalle la guerra civil. Como siempre, Maurín busca otra vía, más próxima a las demandas de la realidad social, pero igualmente dominada en este caso por la incomprensión. A su juicio, la era de la dominación política burguesa estaba superada, tanto bajo la forma del liberalismo

como del fascismo. Su alternativa consiste en proponer la revolución democrático-socialista en que las tareas incumplidas de la revolución burguesa serían asumidas por el proletariado. «Las masas —concluía en sus notas de mayo del 36—, van más allá del Frente Popular».



Como los «oposicionistas», un sector de la Confederación, encabezado por la Regional Asturiana, había optado en 1934 por cambiar de rumbo, buscando la alianza con los trabajadores socialistas en el seno de las Alianzas Obreras. El resultado fue la participación anarcosindicalista de Asturias, formalmente, y en otros lugares, como Vizcaya, sobre la marcha de la huelga insurreccional de Octubre de 1934. Pero la dirección nacional se abstuvo y en Cataluña la Regional dio orden de volver al trabajo en un sorprendente comunicado que se grabó en los despachos de Capitanía. Por debajo del desconcierto general, que tuvo por única compensación el regreso de los «oposicionistas», culminado en el propio Congreso, sólo cabía anotar éxitos locales: el más relevante, la implantación conseguida en Ma-

drid, a partir del sector de la construcción.

En los cinco años, el mapa confederal se había modificado. Los 300.000 trabajadores representados en junio de 1931 en Cataluña habían pasado a ser 143.000, fruto del desgaste sufrido en la región epicentro de las actividades confederales. Ahora era Andalucía la primera zona de afiliación, con 184.000 adherentes, por 113.000 en 1931. También había crecido la representación gallega, pasando de 13.000 a 33.000 afiliados, pero aún más Madrid, con 32.000 afiliados, sextuplicando los de 1931. En cuanto a los sindicatos de oposición, sus cifras oficiales al reintegrarse eran de 69.000 afiliados, sobre algo más de 600.000 representados en Zaragoza. Pero algunas de las principales federaciones, como la de Sabadell, se negarán a la reunificación, iniciando una deriva

que se cierra con el ingreso en la UGT.

Las sesiones reflejaron el malestar que dominaba a amplios sectores de la Confederación, así como el deseo de perfilar una nueva trayectoria basada en la experiencia aliancista de Octubre. Pero la dirección de los debates, así como el valor supremo atribuido a la consecución de soluciones de concordia, harán que el giro estratégico no llegue a concretarse y que, en definitiva, a través del dictamen sobre el concepto de comunismo libertario, se reafirmen las posiciones tradicionales. Así, se sucedieron las intervenciones sumamente críticas sobre la indecisión en octubre del 34 y sobre el «error revolucionario» de lanzar la insurrección de enero de 1933, en contra de la mayoría del Comité Nacional. «Pese a que se haya dicho de Casas Viejas que fue una epopeya



Federica Montseny.

—dirá el delegado de Pasajes, Miguel González Inestal—, epopeyas como ésta no nos convienen». «El 8 de enero —replicará en tono conciliador Mineros de Asturias— tiene una virtud, como la tiene también el 8 de diciembre: incubó el levantamiento de Octubre. No cabe realizar censuras, sino reconocer sus grandes virtudes». El debate fue, más que nada, ocasión para que se desahogasen los críticos de las tácticas seguidas anteriormente por la Confederación. La incapacidad para definir una estrategia política se reflejó decisivamente en el «dictamen sobre la situación político - militar». Es cierto que se abría paso la consideración del peligro fascista, al que debería combatir «en fábricas, talleres y demás lugares de trabajo» (es decir, donde prácticamente no había fascistas), pero lo que

más parecía preocupar era la política de Esquerra en el gobierno autónomo catalán. Y sobre todo, una vez pasado el sarampión de las elecciones de febrero, que se confirmase el antipoliticismo proponiéndose «intensificar la propaganda de descrédito e incapacidad (sic) hacia todos los partidos políticos», «aprovechando en todos cuantos actos se organicen la oportunidad para levantar un estado de opinión favorable a la revolución comunista libertaria».

¿Qué hacer entonces con el legado unitario de Octubre? La centralidad del tema hizo que la opinión se escindiera en dos grandes sectores: quienes ponían por delante la exigencia de unión con la UGT, según el ejemplo de Asturias en 1934, y los que, sin renegar del principio aliancista, introducían una serie de obstáculos que, en la

práctica, lo bloqueaban: los sindicatos coaligados deberían reconocer el fracaso de la democracia y de la política, afirmar un propósito de «destruir completamente el régimen político y social» y, como única compensación, aplazar todo debate sobre el futuro régimen hasta el triunfo de la revolución. «En el primer apartado se les exige —advertía en sentido contrario el portavoz unitario, en minoría dentro de la ponencia— que abandonen los campos políticos; éstos son nuestros acuerdos, nuestras normas, y si esto se exige a la UGT no habrá Alianza, y se dirá que no se quiere». A lo largo de 1935 esta petición de apoliticismo había impedido en diversas localidades la entrada de la CNT en las Alianzas Obreras y Campesinas. Por supuesto, había también una tercera posición, pero muy minoritaria,



Huelguistas de la construcción, cacheados por Guardias de Asalto, en Madrid. Junio de 1936.





Dos actitudes oratorias del líder socialista Indalecio Prieto.

**agudización de la bipolaridad**, que había sido ya el rasgo dominante de la campaña electoral. El recuerdo de Octubre y de su represión, el ejemplo exterior de los fascismos en auge, hicieron que, por parte de la derecha, la consigna electoral «contra la revolución y sus cómplices» pasara, una vez consumada la derrota de febrero, al terreno de la conspiración contra la democracia. No es menester repetir aquí hasta qué punto la secuencia de atentados y provocaciones provocó de antemano un clima de guerra civil. «Es evidente —escribe Tuñón de Lara— que la situación se hacía tensa por días y hasta por horas; la voluntad de coexistir dentro de un sistema se debilitaba cada vez más. Si en los medios rurales

aparecieron explosiones espontáneas de violencia por parte de la izquierda, a nivel nacional parece ser la extrema derecha quien organiza sistemáticamente la violencia. Decimos «organiza» porque se trata de una negación sistematizada de la legitimidad, mientras que la otra violencia no es un enfrentamiento con el sistema, sino una pluralidad de disturbios locales».

Es también, pues, **tiempo de movilización**, que se traduce en zonas urbanas en un incremento notable de las huelgas y en los campos en una ocupación de tierras que da lugar a una simplificación de los trámites de expropiación y a que en cuatro meses se transfiriera más propiedad que en todos los años anteriores. El clima de

violencia reinante tuvo por símbolo los sucesos de Yeste, donde la invasión de una propiedad desembocó en la intervención de la Guardia Civil, con un sangriento balance: un número y diecisiete campesinos muertos. En Andalucía, unas semanas antes de la sublevación, Bernal registra una amplia huelga de segadores a la que acompañan ocupaciones de tierras, destrucción de maquinaria. Y en las ciudades, también se da una explosión de conflictos, sin que falten enfrentamientos entre las centrales sindicales: el más destacado, el que en Madrid provoca el desbordamiento de la UGT por la CNT con motivo de la huelga de la construcción, que llega a traspasar la frontera del 18 de julio.

En la práctica, las propias deficiencias de su estructura hacen que el Frente Popular registre una abierta **disyunción entre los dos niveles** de su funcionamiento. Arriba está la acción gubernamental y parlamentaria, bajo control exclusivo de los partidos republicanos. Por debajo, la movilización popular, con sus diferentes expresiones y expectativas —momento simbólico: el 1.º de Mayo—, que no logra engarzar con el superior en ningún momento. Desde diferentes ángulos, tal disociación, que culmina en la respuesta al golpe militar, es reflejada por los protagonistas del momento histórico. Así Azaña, en carta del 29 de marzo a Rivas Cherif, escribe: «Lo del Frente Popular anda mediano. En las Cortes, fuera de pequeños incidentes, va bien, y en cuanto se empiecen los debates y yo les eche un discurso, espero domesticarlos (sic).

Fuera de las Cortes, por esos pueblos, no nos entendemos». «Entre febrero y julio —recuerda a su vez Fernando Claudín— existe en España, de hecho, un triple poder. El legal, cuyo poder efectivo es mínimo. El de los trabajadores, sus partidos y sindicatos, que se manifiesta a la luz del día en la forma descrita. Y el de la contrarrevolución, que aunque se exterioriza en los discursos agresivos de sus representantes parlamentarios, en el sabotaje económico, y en las acciones de los grupos de choque fascistas, actúa sobre todo en el secreto de los cuartos de banderas, preparando minuciosamente el golpe militar».

Es, en fin, **tiempo de vigilancia** ante ese golpe que se presiente. De nuevo un testimonio de un hombre de la época centra el problema: «En Madrid, cada noche —evoca el dirigente ugetista Amaro

del Rosal—, la Casa del Pueblo era un hormiguero humano; lo mismo sucedía en los diferentes círculos socialistas, como los del Sur, del Norte, de Cuatro Caminos. En los domicilios de aquellas organizaciones que no estaban cobijadas en Piamonte 2, se vivían las mismas actividades. Otro tanto ocurría en provincias. En esa zozobra, se nombraban comisiones que vigilaban las cercanías de los cuarteles, como si eso pudiera conjurar el peligro, mientras el ministro de la Guerra dormía tranquilo». Las llamadas, cada vez más angustiosas, de Indalecio Prieto a lo largo de julio, desde la primera página de **El Liberal** de Bilbao, tampoco obtuvieron respuesta oficial. A la sombra de la denominación de Frente Popular coexistían dos realidades, que ni antes ni después del 18 de julio consiguieron articularse. ■ A. E.



Mitín unitario, en la primavera de 1936.